

Apocalipse fantástico

En la señal de tráfico en dirección al aeropuerto vi el dibujo de un avión que se parecía misteriosamente a una caballa voladora; imaginé que lo había dibujado un aparejador del ayuntamiento, un pobre desgraciado que había garabateado en la bolsa del bocadillo el diseño definitivo para mandar a imprenta; o quizá el pobrecillo lo había copiado de las señales de otros países o, más probablemente, de otros planetas en los que los aviones podían volar y hundirse en el mar a su antojo.

Viajaba junto a una vieja ucraniana, dos chiquillas, el hombre lobo y una familia de egipcios; se iban todos, lejos, quizá a buscar un huracán.

Tuvimos que pasar a ver las casas feas construidas en los años sesenta, una época en la que los arquitectos gozaban de inmunidad planetaria y eran omnipotentes, una época en la que Italia estaba llena de espacio vacío y nadie sabía cómo llenarlo, con tal de que la nada fuese aniquilada — «mejor feo que hierba», pensaban —, una época en la que todos pedían a Dios que les abriera un escondite fuera de la naturaleza.

Nos apasiona más un artificio feo que un buen trozo de mierda.

La Naturaleza anárquica nos asusta más que la fealdad aséptica, y por eso construimos cosas feas que nos tranquilicen.

La inmortalidad de la naturaleza, su estar ahí siempre y para siempre, su comerse el asfalto con las raíces de los árboles, su fuerza destructora y generadora que alimenta el universo, nos incomoda; pero es la incomodidad de sentirnos pasajeros en esta tierra, la conciencia de que la naturaleza, tarde o temprano, nos recogerá consigo...

[Continúa en el PDF, 13 páginas]

Luca Motolese · Lisboa 2016

motolese.com — Texto original en italiano